

El año literario

¿QUÉ novedades literarias han ocurrido durante el año 1923? Dispongo de poco espacio para desempeñar mi cometido. En tres cuartillas expondré mi opinión. Novedades fundamentales, de un año para otro, es difícil que ocurran. La evolución del pensamiento humano—y de sus formas—es lentísima. Observemos el panorama literario español; ese podrá ser el tema de nuestro compendioso trabajo. De treinta años a esta parte, los progresos han sido considerables. Cada vez existen más librerías en Madrid. Notemos, de pasada, que no podemos contar con una librería, entre tantas, exclusivamente literaria, exclusivamente nacional; la única, sólo literaria, sólo nacional—profundamente simpática, por lo tanto—que existía en Madrid, la de Murillo, en la calle de Alcalá, junto al Ministerio de Hacienda, desapareció hace muchos años. Y este es un síntoma—pequeño, pero elocuente—que servirá de ilustración a lo que luego digamos.

Cada vez hay más librerías en Madrid. Son incontables—veinte o treinta—las publicaciones que se consagran semanalmente, con precio módico, a la difusión de un cierto género literario. Los periódicos, de la mañana y de la noche, son infinitamente más en número que en 1890; están todos abiertos, en mayor o menor grado a la literatura. Han crecido también en número los teatros. Tienen vida activa cuatro o seis Centros o Institutos literarios. Se cultiva apasionadamente la novela; se publican con gran frecuencia libros de versos. La historia es cultivada por eruditos e investigadores. Se lee, en suma, mucho más que hace treinta años. Se compran muchos más libros. Es más intensa, varia y múltiple la producción literaria. No desmerecemos en la novela de ninguna nación de Europa: no es inferior nuestro teatro a ningún teatro europeo. Si España fuera grande, poderosa, fuerte, nuestros literatos, beneficiadores de este poder, serían admirados e imitados—como lo fueron antiguamente—en toda Europa. Su prestigio irradiaría con esplendor a las Repúblicas americanas.

Tal es el panorama de nuestras letras. Ahondemos un poco más; tras-pasemos la sobrehaz de las cosas. ¿Qué es lo que veremos? En el siglo XVI, en el siglo XVII, una sociedad selecta, reducida, sociedad de eruditos y de humanistas, daba el tono a la literatura. Imponía sus gustos depurados y creaba—con juicio certero—los va-

lores estéticos. Existía en literatura autoridad y sentido de la jerarquía. Los siglos han pasado. La Revolución francesa ha creado un factor nuevo en la vida moderna: el factor *opinión pública*. Es el sufragio de todos quien decide. Ha desaparecido, en literatura, el imperio y el magisterio de las sociedades reducidas y selectas. En España—sin tomar las cosas de muy atrás, no tenemos espacio para ello—; en España, la generación llamada de 1898 fué profundamente nacional y patriota; no inventó nada esa generación; no creó nada nuevo; se limitó su acción a reforzar una tendencia que ya venía, de antiguo, iniciada. La generación de 1898 amó a España; se inspiró en España; gustó de los paisajes y de las viejas ciudades; desenterró primitivos poetas; puso su dilección en primores y arcaísmos del lenguaje. Pero esa generación de escritores representa hoy lo sancionado. Lo nuevo es otra cosa. Otra generación de poetas, escritores y novelistas ocupa el primer plano de la escena. ¿Cuáles son las características de esta generación? ¿Qué es lo que nos dice el presente de la literatura española, y qué es lo que se anuncia para lo por venir?

En España no existe una fuerte educación de Humanidades. No se estudia ni las literaturas griega y latina ni la española. No se tiene el gusto por la Historia; los estudios históricos se cultivan, sí, por los especialistas, como hemos dicho; pero la afición a la Historia no ha entrado en los literatos. Y tal vez se sepa algo de la historia del siglo XVII; acaso se conozca la Edad Media; pero se ignora total y profundamente las historias política y literaria de nuestro siglo XIX (acaso el siglo más pintoresco, rico y espléndido de toda nuestra vida nacional). Con el escaso gusto por la Historia, se junta la indiferencia por los grandes autores clásicos; bastante se ha adelantado en los últimos veinte años en el conocimiento de nuestros grandes autores; pero, en general, los escritores, poetas y novelistas permanecen ajenos a la corriente tradicional... En resumen, sin ambiente de Humanidades, sin amor a los grandes maestros españoles, sin gusto por el idioma en que se escribe, falta en España lo que podríamos llamar el *poder moderador de la literatura*; es decir, lo que existía en el siglo XVII. Y falta con ello lo esencial en el arte: sentido de la autoridad, sentido del orden, sentido de la jerarquía.

Desapareció aquella pequeña libre-

ría, exclusivamente literaria, exclusivamente nacional. En un porvenir cercano, sin ese poder moderador de que hablamos, la gente literaria no se sentirá ligada espiritualmente, hondamente, a España. Ya España casi es indiferente a los nuevos escritores. Y sin ese poder moderador, sin sentido de la jerarquía, iremos pasmados y suspensos—como aldeanos, con gesto vulgarísimo—tras las más frívolas y deleznablez novedades que nos ofrezcan los extranjeros. Ya, recientemente, hemos visto evocar los más grandes y sagrados nombres de la literatura dramática a propósito de una ingeniosa farsa; y en el pasado año—¡espectáculo lamentable!—hemos visto también cómo excelentes poetas condescendían con una moda de incoherencia, válida durante un instante en los baluartes de París o en las cervecerías berlinesas. Sin una base honda de educación clásica, la frivolidad y el chabacanismo, la admiración de lo baladí y pasajero, traído de fuera, y el olvido de lo nacional, de todo lo genuino y sólido nacional, serán las normas de la sociedad literaria. Y ya, desgraciadamente, estamos en ello.

Queridos compañeros: ¡Una limosna para España; una limosnita de amor para la pobre España!

AZORÍN

(A. B. C. Madrid)

León Pacheco

Tal firma suscribe uno de los artículos de esta entrega. Es el nuevo nombre de nuestro colaborador y paisano Napoleón Pacheco. Ignoramos por qué ha alterado el nombre usual y de pila; lo cierto es que nos pide que así lo manifestemos a sus lectores y amigos. Queda complacido, pues.

Omisión

Hay una que debe tomarse en cuenta en el artículo de Lugones, *Un pacto pagano*, que salió en el número 11 del tomo en curso. En la página 162, columna tercera, renglón 37 de arriba para abajo, el párrafo que empieza: *Así hasta*, etc., debe leerse:

Así basta en la priapea del audaz *Initus* dintelado por un verso gene-siáco de Lucrecio. El final impone, etcétera, etc.

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los que en ella quieren colaborar opinan con suma libertad. Sin que eso implique que su editor haga propias todas las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.